

El Que Tambien Era Yo

Alvaro Amaya



Capítulo 1

El Que También Era Yo

Cuento

Quedarnos algún viernes después de concluir las actividades laborales, hablando babosadas en la oficina y sin que nadie mostrara intenciones de irse a casa, constituía el más certero presagio que esa noche habría escapada comunal para irnos de parranda.

El acto que ya la consolidaba, era el rito de discutir sobre dónde ir, de cuánto sería el aporte individual para el fondo común y quien lo administraría en esa ocasión. Con esa ceremonia inicial ya paladeábamos el disfrute del fin de semana, y ¿a dónde vamos a ir?, era la pregunta que desataba la primera, bullanguera y alborotada discusión de la noche antes de escaparnos en caravana. Cuando lograr consenso se volvía difícil, bastaba que alguien dijera ¡Vamos al Zócalo!, para que todos estuviéramos de acuerdo iniciar allí la noche. En eso nadie tenía dudas. A mis compañeros y a mí nos gustaba divertirnos en ese revuelto lugar de la zona cuatro de la ciudad, que era cantina, restaurante y pista de baile a la vez. Situado en un segundo piso al que se accedía por amplias escaleras, sus enormes ventanales y su exagerada iluminación, lo convertían en un hormigueante escaparate que a cualquier transeúnte desde abajo en la calle, le permitía observar los detalles de todo lo que ocurría en su movido y alocado interior.

En verdad más bar que restaurante, era un lugar medio decente y alegre que nos atraía por lo bullicioso y variado de sus parroquianos de todas las clases sociales, por su excelente cocina de comida tradicional y por su música, cuya fija oferta era una completa marimba orquesta que en los momentos en los que descansaba, democráticamente permitía a uno que otro trashumante mariachi o a algún perdido y reminiscente trío de guitarras, circular entre los parroquianos ofreciendo música de rancheros y antañones boleros inmortales por los que cobraban centavos a cada canción. A cada momento el lugar sonaba diferente, como si algún loco alterado girara incansable el botón del dial de algún aparato de radio, cambiando sin parar a toda clase de músicas, sin decidirse con cuál quedarse en definitiva. Al lugar llegaban parejas o grupos de mujeres dispuestas a la diversión, que bailaban apretujadas en la pequeña pista de baile y otras solitarias, que solapadamente algunas y de manera ostensible otras, ofrecían sus encantos y posibles bacterias oportunistas que esperaban aprovechar la ocasión para un cambio de huésped. De vez en cuando estallaba una riña debido a que algún despistado parroquiano no había logrado establecer la diferencia entre unas y otras.

Entre la media noche y el amanecer, el lugar ofrecía el ambiente abigarrado, bullanguero y peligroso de una cantina de camelleros de Samarcanda en su época de esplendor, de la de una ciudad campamento de algún afortunado y boyante emporio minero en día de pago o la cantina de un abigarrado puerto marítimo sin zarpes.

Pero El Zócalo estaba ubicado en el centro de la aristocrática y castiza ciudad capital de añoso y real abolengo, que más mojigata que indiferente, aparentaba ignorar que albergaba ese movido y seductor antro en el propio centro de su corazón.

En la oficina, la bulliciosa discusión se prolongaba sin llegar a acuerdos. Salí porque Orlando me hizo una señal para que lo hiciera.

- Esto va para largo, vámonos al Zòcalo y si al final deciden ir, que nos encuentren allí -, me dijo convincente y lo seguí.

Cerca de la media noche nos habíamos olvidado de nuestros amigos y ya no nos importaba si llegaban o no, porque con Orlando disfrutábamos un tradicional y delicioso plato de pesadas frituras de cerdo aromatizadas de ajos, cilantro y perejil, ya habíamos ingerido varias cervezas y entre una y otra, cuando el ruido nos permitía hablar, hacíamos planes para visitar su pueblo natal en el interior del país al día siguiente.

Inesperadamente Orlando cortó la conversación, dilató los ojos, lanzó una sorpresiva y ruidosa carcajada y extendió su brazo hacia una mesa cercana.

- ¡Mirá! -, me gritó sobre el bullicio. Como no detecté lo que había producido su acceso de hilaridad, volvió a señalar mientras la risa estremecía su protuberante panza encervecida. Riéndome por contagio y sin saber de qué, a la tercera vez que señaló y por su evidente y ceñuda cara, descubrí al hombre que lo miraba torvamente porque Orlando proseguía apuntándolo con su dedo y riéndose abierta y descaradamente de él.

Sin duda había sido asunto de suerte que se tratara de un ciudadano decente y tranquilo, comprobado por el hecho que no había saltado a darle la trompada que Orlando se merecía por su impertinencia y falta de respeto, en un sitio en el que uno debía conducirse con delicada y suma precaución sobre todo si amaba su dentadura.

- ¿Lo viste? ¿Lo ves? -, me preguntó de nuevo alborozado.

- ¿Y qué? ¿De qué se trata? ¿Cuál es el asunto? -, contesté.

- ¿Qué no ves que es igualito a vos? -, me dijo con los restos de comida en los labios, que sin darse cuenta, la risa desalojaba de su boca.

- ¡Es igualito! -, repitió regocijado y con los ojos brillantes de entusiasmo como si se hubiera encontrado con la cosa más divertida de su vida.

Cuando lo vi con detenimiento quedé sorprendido y no reí más.

Mi pelo castaño ondulado, el color de mi piel, mi nariz, mis cejas, pómulos, boca y mis achinados ojos, eran también los de ese hombre.

Cuando se ladeó un poco mi susto fue mayor, porque vi que tenía la misma depresión de mi frente y mi pequeña nariz respingada. No sé qué pasó dentro de mí. No definía mi sentimiento del momento, aunque estaba seguro que no eran la alegría ni el entusiasmo inexplicable que le había provocado a Orlando.

- ¿Viste? ¿Ya viste? -, me repetía disfrutando como un niño de su descubrimiento. - Ha de ser tu hermano -, sugirió en broma sin parar de reír. - Andá saludálo -, me quiso empujar regocijado.

- ¿Y a mí que jodidos me importa? -, le contesté molesto y a la defensiva, rechazando su pretensión.

- ¡Yo sería feliz de tener de amigo a alguien que fuera igual a mí! -, exclamó alborozado. - ¿Te das cuenta la de bromas que haría? -, preguntó mirándome con los ojos brillantes y disfrutando desmedidamente con la situación. Yo que lo conozco, sabía que detrás de su placentero interés, campeaba su sempiterna, pícara y burlona socarronería.

Cuando lo vi de nuevo, el hombre tomaba sus anteojos de la mesa y se los ponía y con agregada sorpresa, vi que eran de la misma forma de los que yo uso. La más evidente diferencia entre los dos que de lejos aprecié, era su corte de pelo estaba más crecido que el mío. Al verlo, mi autoestima sufrió un resbalón y cayó algunos peldaños porque algo en mi interior me dijo que yo había sufrido pérdida de originalidad.

A pesar que su enojo inicial no había aminorado, el extrovertido y profuso Orlando no se resistió y fue a saludarlo a su mesa. De lejos lo vi juntando sus manos en ademán de disculpas y después manotear sonriente, meloso y halagador tratando de persuadirlo. Logró que el hombre se levantara para llevarlo a nuestra mesa y cuando se puso de pie, vi que también éramos de la misma estatura y constitución. En ese momento me desagradó ese fulano y lo que pasaba, porque consideré que ante mí se desarrollaba una burla grotesca y de mal gusto que crecía y se agrandaba artificiosamente sin mi anuencia, con el burdo teatro que de ello estaba haciendo Orlando.

- ¿Que decís ahora? -, me preguntó, orgulloso de su habilidad cuando lo llevó a la mesa, poniendo su brazo sobre su hombro y en actitud de exhibirlo como a un simio raro, al mostrármelo de cerca.

- El es mi amigo que te quiere conocer -, le dijo riéndose al recién llegado quien desorientado y con el rostro aún endurecido por el enojo, se sentó, me quedó viendo y en ese momento le reventó la sorpresa. La misma que yo recién había experimentado.

No lo creía. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y se le fue el habla.

- Juan Francisco Miranda -, balbuceó cuando saliendo de su conmoción pudo hablar con una voz tan baja como la mía y extendiendo inseguro y sin ningún entusiasmo su mano. No me moví, no tomé su mano, me quedé callado y sólo lo quedé viendo. La pasmosa sinceridad de su reacción estaba haciendo revivir mi sorpresa inicial. Tomó mi actitud como un grosero rechazo porque sin dejar de verme, lentamente se levantó y regresó con las personas con las que estaba, volviendo a ver seguidamente hacia atrás para cerciorarse que lo que había visto seguía allí.

- ¡Idiota! -, me regañó casi a gritos, Orlando,

- ¡No lo dejés ir! ¿Cuándo jodidos creés que te va a volver a pasar algo como esto? -, me increpaba riendo achispado.

- ¡Por la gran...!, ¡Entendélo, esto es algo inusual, es especial! ¿Es que no te das cuenta? -, me decía con un desbordado entusiasmo que yo seguía sin comprender.

Después Orlando se puso realmente pesado. Quedaba viendo insistentemente al hombre, después lo hacía conmigo y se carcajeaba

divertido mientras palmoteaba la mesa sin ningún disimulo, con lo que estuve seguro que las cervezas habían eliminado todas sus prudencias. En ese momento recordé las palabras de la Biblia que decían "Tú eres único y especial, tengo grabado tu nombre en la palma de mis manos, te conozco y tengo contados cada uno de tus cabellos"... y al ver a ese Juan Francisco supe que conmigo, eso no era cierto. Dios me había repetido y había destrozado lo original de mi persona, de mi creación y que eso había sido un atropello, un abuso, una violación a mi derecho de ser el único yo, el original que sólo yo soy y debo seguir siendo. Porque si no fue Dios, ¿Entonces quién? me pregunté. Y me llené de inquietud sin saber exactamente por qué y empecé a sudar y a experimentar un incipiente mareo. Estaba seguro que en alguna parte del proceso del funcionamiento del universo se había producido un error. Me sentí criatura repetida y después que él o yo, éramos un clon. Lo primero era algo desagradable que me hizo sentir devaluado, degradado y disminuido y lo segundo, que había dejado de estar completo porque alguien había tomado una parte mía, para construir otra criatura que no era yo, ni tampoco otro porque seguramente los dos habíamos dejado de ser un ser original completo. Y seguí sin entender por qué esto era tan gracioso para el idiota Orlando. Pensando en eso miraba hacia otra parte pero me turbaba sentir la mirada fija del otro clavada sobre mí. Llegué a la exasperación y cuando mi enojo se disparó, me levanté, dejé un billete sobre la mesa y le dije a Orlando, - A veces son increíblemente pesado y estúpido, ¡Imbécil! -, le dije colérico saliendo del lugar. En vez que le preocupara mi partida, a Orlando le pareció graciosa mi reacción y renovó sus carcajadas burlándose de mi actitud.

- ¡Infantil! ¡Sos un niño! -, me gritaba mientras me retiraba. Aún sobre el ruido del lugar y hasta que salí, proseguí escuchando sus ofensivas y grotescas carcajadas.

Cuando estuve en la calle recordé que había llegado en el carro de Orlando y que debía caminar un par de cuadras hasta el estacionamiento de taxis. Había caminado una cuadra sobre la poco iluminada calle, cuando oí que alguien corría tras de mí.

- ¡Hey! ¡Soy yo! -, dijo una voz.

Cuando la identifiqué, mi mente molesta, reaccionó confundida,

- ¡Ni mierda, ése soy yo, no sos vos! -.

- Perdoná -, dijo Juan Francisco cuando me alcanzó.

- Ese tu amigo es un idiota que se cree muy listo y chistoso - dijo jadeando todavía por la carrera. Me quedó viendo y supe que no tenía nada que decir. Detenidos sobre la acera y bajo la blanquecina luz de una bombilla del alumbrado público, los dos solos en la calle, atrapados en el asombro, nos mirábamos con abierta curiosidad, estudiándonos detenidamente. Con alguna satisfacción interior vi que no tenía la mancha que siempre he tenido debajo de mi ojo izquierdo y de inmediato me di cuenta que ese descubrimiento era una pendeja satisfacción que no cambiaba nada.

- No estoy enojado -, dijo suavemente al rato.

- Tal vez estoy asustado -, agregó apocado, con ingenua sinceridad y casi audiblemente.

- ¿Por qué? -, le pregunté.

- Anoche soñé conmigo -, dijo con una seriedad que hacía más ridícula la idiota frase.

- Pero ahora me doy cuenta que eras vos -, la concluyó mirándome.

- Pienso que pasó porque nos íbamos a encontrar hoy -, agregó después, tímido y supersticioso, viendo hacia el suelo y al final de un buen rato de silencio.

Caminamos lentamente y en la fría y solitaria calle encontramos una banca en la que nos sentamos. Ahora nos veíamos en silencio estudiándonos abiertamente y sin sentirnos avergonzados de hacerlo. De todos modos era como estar frente al espejo. Espantados de similitud, buscábamos diferencias. Con exagerada seriedad y sin dirigirse a nadie, y totalmente confundido le preguntó al vacío,

- ¿Por qué habrá pasado? -

Me pareció una pregunta desconectada y sin sentido hasta que comprendí que se refería a nuestra duplicación. Me sorprendió percibir que consideraba que "nos" había ocurrido un inexplicable accidente producto de un error, a la vez que aceptaba que era algo tan absolutamente extraño como si sin ninguna previa razón, del cielo hubiera llovido sangre. Los gestos y el tono que asumió al decirlo, llevaban implícitos la confirmación que algo grave nos preocupaba o nos debía preocupar. Pero de todos modos su pregunta no tenía respuesta.

- ¿Y ahora qué? -. Hubiera sido la obvia, consecuente y estúpida pregunta que ninguno quiso hacer. Cuando el prolongado silencio se volvió fastidioso, Juan Francisco sacó una tarjeta de presentación y extendió su mano para entregármela diciéndome con inseguridad,

- Por si más adelante queremos vernos de nuevo -.

- No lo creo -, le dije tajante y grosero. - Esto es algo incómodo -, corté con alguna aspereza.

- ¿Pero podrías darme tu número? -, insistió con timidez.

Parecía que tenía un montón de cosas que decir sin saber cuál expresar. Su actitud insegura, apocada y un tanto desvalida, me dijo que se trataba de alguien inocuo y verbalmente se lo recité. Sacó un papel arrugado, seguramente la factura de alguna reciente compra, escribió los números y se lo guardó en la bolsa de la camisa y yo hice lo mismo con su tarjeta. Atolondrado quiso decir algo, pareció que se arrepentía o no pudo decirlo, me miró un rato más, parpadeó, hizo un gesto que no llegó a sonrisa, dio un par de inseguros pasos hacia atrás y entonces decidió empezar a caminar sin dejar de verme y regresó sobre la acera que había llegado. Lo vi caminar hasta que llegó a la esquina. Me levanté de la banca y proseguí mi caminar en busca de un taxi.

Había constatado un daño consumado cuya consecuencia, era que ahora por el mundo deambulaba otro ser que también era yo. Tuve consciencia que durante todo el transcurso de mi vida, él también había estado existiendo tal vez cerca de mí y me pregunté qué era lo que ahora que lo había conocido, había hecho la diferencia para que fuera perturbador. -

Tal vez porque nunca pensé que esto es algo que ocurre -, me dije. ¿Será importante dilucidar si ese asunto, esta cosa, este hecho, es algo negativo o una oportunidad para algo?, pensé después. - ¿Sentiría y pensaría igual que yo, le gustarían las mismas cosas que a mí?, me pregunté cuando introducía la llave en la cerradura de la puerta de mi casa. Recordé el impacto que lo había afectado severamente al verme y que después su cara había sido una abierta y sincera preocupación.

Y me esforcé por recordar cuál había sido mi primera impresión y no supe entender por qué la mía había sido de enojo profundo. Por alguna razón que todavía desconozco, después estuve preocupado y no dejo de estarlo cuando rememoro el encuentro.

Llamé a Orlando para cancelar el viaje de la mañana siguiente sin hacer caso de sus protestas.

Camino a mi trabajo, a las nueve de la mañana estaba detenido frente al rojo del semáforo de la esquina cuando desde la acera de mi lado, una mujer gritó.

- Es él, es él -, vociferaba señalándome y colgándose del brazo del policía que allí vigilaba, mientras que con los ojos desorbitados, profería despavoridos e histéricos chillidos. Oyéndola, el policía reaccionó de inmediato, corrió, se puso frente a mi carro y me apuntó con la pistola que a dos manos sostenía, bloqueando mi avance.

- ¡El asesino, el asesino! -, seguía chillando sin control la temblorosa y flaca mujeruca mientras intentaba acurrucarse dentro de la pared, agarrándose la cabeza para protegerse de algún golpe que nadie le lanzaba.

- ¡Salga de allí, salga o le disparo! -, me gritaba el policía sin dejar de apuntarme.

Desde el otro lado de la calle apareció otro policía que también me apuntaba mientras intentaba abrir la puerta trasera del carro. En mi desconcierto no sabía qué hacer y cuando salí levantando las manos, el policía que había rodeado el carro, con rapidez me tomó del brazo y lo llevó con fuerza hacia atrás mientras apretaba las esposas.

Todo era rápido y tan irreal que parecía que le pasaba a otro. Apareció un ululante carro de la policía abriéndose paso entre los curiosos. El policía que me había esposado se sentó al volante del mío mientras gritaba al que llegaba,

- ¡Vos lleváte a la mujer, yo me llevo a éste! -, y empezó a conducir mi auto entre el tráfico con los vidrios subidos mientras que yo, sentado en el asiento de atrás, permanecía completamente alelado.

- Siempre creen que se van a salir con la suya, ¿verdad maldito? -, me dijo el policía volviéndose hacia mí y poniendo cara de náusea. Yo estaba apagado. Pasó bastante tiempo en la comisaría mientras me despojaban de mis cosas personales, me hacían poner mis huellas en unos cartones y me disparaban el cegador flash de una vieja cámara fotográfica sin que nadie atendiera mis derechos, mi susto y mi miedo y me dijera por qué jodidos me detenían.

Me llevaron a una sala y momentos después, frente a un policía de civil sentado a una mesa, todavía pálida y temblorosa entró la misma huesuda

mujer que cuando se asustó por tenerme cerca, volvió a desorbitar los ojos y a berrear descontrolada.

- ¡Es él, es él, yo lo vi! ¡El mató a mi hermana! -, aullaba mientras alguien la tomaba del brazo y la sacaba rápido de la sala.

- ¿Que qué...? ¿Que yo? ¡Por la gran puta! ¿Cómo se les ocurre? -, balbuceaba atragantado de palabras, asustado y ahora consciente de estar siendo acusado de un grave crimen. El policía que me interrogaba guardó un rato de silencio, me quedó viendo y sonrió con sarcasmo.

Destilando mordacidad y con reprimida agresividad dijo después,

- Siempre es la misma cosa... ¿No?, hacen las mierdas y después son los ángeles que no saben nada -.

De pronto a mi mente llegó la imagen de Juan Francisco que se reía con mi propia risa y en el momento en que desperté, mi sistema nervioso me sentó súbito en mi cama, palpitante y completamente bañado en sudor. -

¡A la puta! -, me dije ya calmado y recordando la pesadilla mientras tomaba un vaso de agua, - ¿Qué tal?, ¿Para eso sirve tener un gemelo idéntico? -, me pregunté.

Y por eso fue que cuando Juan Francisco me llamó queriendo que nos reuniéramos, le dije que no. Que se olvidara. Que lo "nuestro" sólo era una coincidencia como cualquier otra y de las muchas que hay por el mundo. Que había sido algo simpático pero que eso aquí terminaba y colgué. No me volvió a llamar pero durante bastante tiempo, varias veces imaginé ver a Juan Francisco entre la gente de la calle y siempre tuve la certeza que se trataba de los ramalazos de ese mal recuerdo.

Bastante tiempo después, cuando cenaba en un elegante restaurante celebrando un buen cierre de ventas, con los jefes de la empresa, el que estaba sentado a mi lado me dio un codazo y mirando discretamente hacia otra mesa me preguntó,

- ¿La conocés? - Me volví y la vi. Se trataba de una atractiva y joven rubia de límpida tez que lucía un corte de pelo de abiertos y alborotados rizos. Estaba enfundada en un victoriano vestido rojo sangre de vastísimo escote y en el cuello lucía una gargantilla negra que al centro mostraba una piedra azul celeste, que como faro marino disparaba destellos desde su garganta. Cuando la vi de nuevo ella volvió su rostro para otro lado consciente que mi compañero vigilaba su reacción. Después creí que me sonreía y a partir de eso no dejé de mirarla a cada rato.

- No hay duda que sos lento -, me dijo riendo mi vecino de asiento, - ¡No ha parado de verte!, ¡Tenés que conocerla!, Ella no tiene duda, fijáte bien y verás -, me afirmó.

Para verla de cerca pretexté ir al baño y cuando pasé al lado de su mesa, un mesero la ocultó a mi vista mientras la atendía. En la puerta del sanitario tropecé con un hombre joven que salía de él y que fue a sentarse a su mesa. Cuando suspendí el disimulo y salí del baño, ellos se habían largado. El mesero que había estado con ella vino conmigo. - La señorita le dejó este papel -, me dijo cuando lo ponía en mi mano. El papelito contagiado de su perfume solo decía, "Lucía 2345678, espero tu llamada".

- Soy la persona de anoche en el restaurante -, le dije cuando la llamé a la mañana siguiente.

- No -, contestó para afirmar cortante, - Sos Roberto Antonio Morales Estupiñan, tenés treinta dos años de edad y te conozco muy bien -, afirmó.

- Y vos, ¿Quién sos? -, le pregunté sorprendido.

- Lo que importa es que quiero hablar con vos, tengo cosas que contarte -, me dijo.

Convenimos en encontrarnos esa misma tarde en una cafetería de la avenida Reforma y la Scarlet O'Hara de anoche, se había convertido en una sencilla y normal muchacha con su claro pelo tensamente apretado contra su cabeza, amarrado hacia atrás con un delgado cordón negro, sin el maquillaje que su piel no necesitaba y con los pies enfundados en unas zapatillas de chinos sin tacones que le habían reducido estatura. Su cara tersa, los ojos zarcos y tenía el natural desenvolvimiento de quien se atreve a dar el primer paso para citarse y hablar confiadamente con un desconocido.

- ¿Sorprendido? -, me preguntó después que nos llevaron café.

- Pues no nos conocemos, nunca he flirteado con vos y no creo que estés enamorada de mí -, le dije con educada y directa franqueza mientras proseguía en mi expectativa.

- Pues ahora sorprendéte -, soltó para proseguir, - Sos del tipo de hombre del que me enamoro y del que estoy enamorada desde hace algún tiempo -, dijo sonriente y afirmándolo con repetitivas inclinaciones de su cabeza.

Ante mi reacción y para reorientar malentendidos rápidamente aclaró,

- Soy la novia de Juan Francisco, tu hermano, tu gemelo, tu clon, tu fotocopia, en fin, no sé qué jodidos, - me dijo abriéndose francamente a la risa.

- ¡De ese pendejo! -, le dije reaccionando sorprendido y sin pensar para disculparme enseguida. Eso le provocó hilaridad. Se reía a carcajada batiente.

- ¡Estás ofendiéndote a vos mismo! -, señaló divertida, - ¿Y qué?, ¿Te agrada o te enoja? -, quiso saber al agotar su risa.

- Creí que ya me había liberado de ese idiota supersticioso, depresivo y pendejo que cree que el cielo, el infierno o los extraterrestres tienen que ver con el hecho que seamos parecidos -, le dije.

- Bueno, la verdad es que no se parecen... ¡Son iguales! -, subrayó espiando mi reacción, - Aunque a mí eso me disgusta -, definió después ante mi pasivo silencio que había traducido como desagrado.

- ¿Y a vos por qué? -, le pregunté ahora extrañado.

- Somos novios desde hace dos años y desde que te descubrió en El Zócalo se volvió extraño y cambió de una manera que ya no soporto. Peleamos y tenemos un mes de estar separados -, sintetizó rápidamente.

- Anoche que te vi se me ocurrió hablar con vos para conocerte personalmente porque desde hace casi un año, te conozco de lejos y mucho más de lo que te imaginás -, dijo viéndome fijamente y poniéndose seria.

- Al principio cuando me contó de vos, tuve curiosidad por conocerte y quisimos que fueras nuestro amigo pero vos lo rechazaste y después de eso por curiosidad y por divertirme, le seguí el juego a Juan Francisco -, dijo para proseguir, - Te empezamos a seguir y te hemos perseguido por casi un año, sabemos todo de vos, dónde y con quien vivís, a qué hora salís a trabajar, quienes son tus amigos, tus compañeros de farras y con quien te acostás los viernes en el Motel Estrella -, me dijo casi sin respirar y antes que iniciara mi protesta continuó,

- ¡Te hemos perseguido por todos lados! ¡Durante meses ése fue nuestro único juego! -, exclamó. - En realidad era divertido ver como actuabas, qué comías, qué te gusta beber...¡Ah! y una vez te vi llorar..., estabas solo en un bar cerca de tu casa, algo te pasaba porque no habías bebido...-,dijo cambiando de tono y tomando aire, prosiguió,

- El asunto cambió cuando Juan Francisco empezó a querer hacer todo lo que vos hacés -, dijo retomando el tema, - Íbamos a comprar la ropa que te veíamos usar y él decía que era un chiste jugar a ser como vos -, aquí bajó la voz y haciendo una pausa,

- Pero hay algo más que eso... -, dijo misteriosa.

- ¡Quiere ser vos mismo! -, me dijo acusadora y con la cara grave y seria de quien cuenta un delicado y peligroso secreto.

- Antes tomábamos cerveza pero cuando se dio cuenta que te gusta el ron oscuro, él también empezó a hacerlo ante mi enojo porque insistió en yo también lo hiciera -, contaba ahora con alguna apresurada vehemencia. - Pero lo que más le ha sido difícil y le ha disgustado copiar de vos, ha sido eso de ir al teatro y pasar horas buscando libros. Ha de ser porque nunca supimos qué lees -, dijo sin transición para evitar que la interrumpiera y prosiguió rápidamente sin permitirse pausas,

- Un día me aseguró que si yo le gustaba y me deseaba tan intensamente, era seguro que si yo estuviera frente a vos, vos también me desearías con igual deseo..., esa fue la primera vez que me sentí mal con él y con su jueguito-, dijo bajando la voz, - Pero me enojé de verdad cuando un día me preguntó en qué me parecía yo a las mujeres que a vos te gustan y frecuentás y allí me di cuenta que ese juego ya había dejado de serlo. Con eso llegué al límite -, afirmó.

- Honestamente al principio me divertí pero después se volvió pesado y excesivo hacer algo que no moría en sí mismo y que no llegaba a nada nuevo - explicó algo cansada de haber vaciado su historia.

Después sonrió forzosamente con una expresión que sugería amargura. Su gesto de llevar las comisuras de sus labios hacia abajo me indicó que iba a decir algo difícil. Aun antes de decirlo había enrojecido.

- Hace un mes cuando hacíamos el amor, me dijo que le gustaría saber qué hacés vos en el lecho con las mujeres para hacerlo conmigo -, me dijo sonrojada y ofendida. Se quedó viendo el mantel blanco de la mesa mientras lo rascaba con todas la uñas, encogiendo y estirando los dedos de sus manos, mientras le pasaba la cólera y el rubor.

Levantando su mirada y viéndome a los ojos, me dijo,

- Ése fue el abuso que ya no soporté, que me enfureció y por el que corté de inmediato con él -, dijo para enseguida aclarar, - Nunca me lo dijo

directamente, pero me hizo pensar que ya estaba llegando al extremo de querer compartirme con vos -, me dijo volviendo a bajar la vista para seguir viendo el mantel y otra vez, a encender su sonrojo.

- ¡Imbécil, estúpido, maldito abusivo! -, escupió comprimidamente para sí misma sin levantar el rostro. Después bajó el tono y con una mayor tranquilidad prosiguió,

- Desde entonces no ha dejado de buscarme y llamarme, estoy segura que me quiere, bueno..., debo decirlo, ¿Por qué no?..., yo también lo quiero, pero le voy a dar tiempo hasta que se le quite esa loca fijación que tiene con la similitud entre ustedes dos..., antes de proseguir con él -, terminó diciendo y allí por fin se quedó quieta y callada.

Pedí más café y no supe qué jodidos decirle. Sentí que todo eso era externo y que para nada me implicaba. Por supuesto que no dejó de sorprenderme, me confirmaba que el fulano ese era una especie de loco pero más que yo, la víctima era ella por estar aferrada a alguien así. Ahora la actitud de Lucía había mutado a otra relajada y alegre.

- Después de tanto tiempo de estar detrás de vos, buscándote y viéndote de lejos, tengo la sensación que te conozco bastante, tal vez demasiado bien. Por favor no considerés un desborde de mi parte decirte que he desarrollado cierto cariño hacia vos porque me he preocupado con tus preocupaciones y me he alegrado cuando te he visto feliz y honestamente, eso fue lo que hizo que quisiera conocerte personalmente -, agregó con simpatía.

- Y por supuesto, alejada de las interpretaciones de Juan Francisco porque quiero que sean conclusiones de mis propias percepciones -, afirmó.

- ¿Y entonces? -, le pregunté abierta y ambiguamente, esperando que definiera el objetivo que perseguía con lo que había dicho pero en vez de eso expresó,

- ¿No te he causado enojo con esto, verdad? -, me preguntó después de verme por un rato, preocupada y con la marcada expectativa de mi respuesta en su rostro.

- ¿Estás segura que no tenés otra oculta intención? -, le pregunté desarmado y rindiéndome cautivado ante su encantadora sonrisa.

- No. Sólo pensé que contártelo era la manera de disculparme conmigo misma, que lograría tu perdón y que serviría para cortar de una vez por todas, esa infantil idiotez -, me dijo con límpida franqueza y nos quedamos viendo a los ojos durante algún rato mientras que sonriente, seguía a la espera de oírme expresar que aceptaba su disculpa.

- Anoche estabas preciosa en el incendio de tu vestido rojo -, le dije riendo para suspender su espera y sin tener que decir nada relacionado con lo que me había contado.

Aliviada rió también y apretó mi mano sobre la mesa.

- No dormí pensando en lo que iba a pasar con vos -, dijo con alivio, también olvidando y haciendo a un lado el tema anterior. Consideré conveniente hacer una advertencia,

- Por favor no volvés a hablar nunca sobre lo pasado porque no quiero volver a saber absolutamente nada más de ése idiota -, le pedí.

Exagerando su promesa levantó su brazo derecho mostrándome la blanca palma de su mano.

- ¡Prometido! -, me dijo traviesa, con un gesto alegre y la mirada brillante.

Quedamos en vernos allí una vez a la semana pero a la semana siguiente nos vimos tres veces. Y cada vez me llevó un regalo. Primero una botella de mi ron preferido, después una camisa del mismo color de una que usé durante mucho tiempo y que no había podido encontrar en ningún lugar – porque le encantaba verme con ella -, dijo violando no referirse a la persecución de la que me había hecho objeto y ¡Sorpresa!, un libro de Salarrué, mi cuentacuentos favorito.

- Fui a la librería Literátur, allí te recuerdan y la que te conoce me dijo que siempre buscás este libro que querías reponer porque se lo habías regalado a un amigo -, me dijo para agregar, - Y mirá este otro que te traje. Te lo regalo porque me parece que él y Salarrué comparten un parecido estilo de narrar cuentos -, me dijo poniendo en mis manos un libro de Fernando Silva.

Nuestras citas en la misma cafetería eran relativamente cortas. En ellas me hablaba de su familia, de su trabajo y sus estudios. Cuando contaba cosas mías, era frecuente que me interrumpiera, - Ah sí, ese es tu amigo fulano, sí, ya sé, el que vive en la dirección tal, ya sé que allí vas frecuentemente, ¡Por supuesto, ya sé que eso no es lo que te gusta!, ¿La que es novia de zutano? -, y con eso confirmaba que no era necesario que yo lo hiciera porque sabía mucho de mí y de alguna manera, eso me resultaba cómodo porque evitaba que hablara babosadas de mí mismo.

La noche que me invitó a salir – una salida en serio - definió, primero cenamos y después fuimos a bailar a un oscuro lugar que se llamaba La Ciénaga en la zona cuatro, lugar que conocí una noche cuando me perseguía. Hubo un momento cuando bailábamos en el que Lucía quedó abandonada sobre mí, descansando confiadamente su cabeza en mi cuello. Bailábamos suave y relajadamente en una soporífera languidez inducida por la apacible melodía. No era más que inclinara mi cabeza y la podría besar. Cuando inicié el movimiento, en espontáneo ofrecimiento ella levantó su rostro esperando que nuestros labios se encontraran pero algo me frenó. Ella abrió sus ojos, me vio, sonrió adormecida, volvió a descansar su cabeza en mi cuello y el asunto quedó tranquilamente allí, sin pasar a nada más. Cuando terminó la pieza musical le pedí que nos fuéramos y la regresé a su casa. Con una preciosa mujer como ella no tenía nada más que desear, entonces, ¿Qué me detenía?

Me fui a mi pensadero favorito, el bar cerca de mi casa donde disfrutaba la gracia de poder estar sin interferencias ni apresuramientos de nadie y en donde disculpaban mi extraño deseo de estar solo en un lugar público. A veces no me entiendo en esa situación pero me basta que me agrade y me funcione. Estaba seguro que con Lucía ya era un hecho la afinidad y el agrado de estar juntos, sabía que yo le gustaba y que no se opondría a nada que yo quisiera. En ella la pasión vibraba a baja intensidad en la aparente y tranquila espera a que yo la incitara para emerger. Sin estar dicho, eso era un hecho que no necesitaba palabras.

- ¿Por qué yo mismo freno la intención? ¿O es que está muerta? Mi mente no descansaba.

Recordé que Lucía había afirmado que aun amaba a Juan Francisco y que volvería con él después de algún tiempo. Después estuve seguro que yo le gustaba sólo porque él le gustaba y porque Juan Francisco no sólo se parecía, sino que comía, se vestía y actuaba como yo. Eso hizo que me diera cuenta que conmigo, Lucía no había hecho el menor esfuerzo para descubrir nada porque previamente me conocía y comprendí que para ella estar conmigo sólo era una transición sin bordes que le había anulado la conciencia que ahora estaba conmigo, y no en el mismo afecto anterior. Entonces se me ocurrió que para ella los dos éramos uno y que le sería indiferente amar a cualquiera de los dos y que tal vez, eso era lo que ya ocurría.

- ¿Y si fue él quien la envió conmigo? -, llegué a pensar ponzoñosamente después. Y más sórdidamente, a mi mente llegó la idea que si cualquiera de nosotros muriera Lucía no perdería nada y me arrepentí de pensarlo. Concluí que esas ideas que me cruzaban sobre su relación con Juan Francisco y las posibles razones de Lucía para estar conmigo, eran las que bloqueaban la atracción que a gritos me pedía que la besara y que la acariciara para que al fin estallara ese fuego que permanecía a la espera, comprimido en su sorda tensión. Ese convivir llegó a convertirse en una refrenada estabilidad que ella disfrutaba en una latente y mórbida aceptación, que segura en sí misma, esperaba turgente y sin urgencias. Acepté que después de todo me agradaba y que no me hacía mal su cercanía.

Algunas veces sin proponérselo, Lucía me besó o me acarició con natural impulso sólo para disculparse después por la laxa inconsciencia de haberse dejado llevar por un indolente impulso.

- Soy yo, Juan Francisco -, me dijo esa noche cuando levanté el teléfono en la sala de mi casa. Antes que le contestara prosiguió,

- Deberías considerar platicar conmigo, nunca he deseado ningún mal para vos y de verdad quiero tu amistad -, dijo en un tono que sonaba sincero y convincente.

- Eso no es lo que parece cuando has dedicado un año para perseguirme y para saber morbosamente de mi vida, ¿Qué clase de amistad es la que se puede esperar de un orate desubicado que hace eso desde las sombras? -, le dije enojado.

- Si te das cuenta, hasta ahora no me he acercado a vos porque he respetado tu decisión de no ser mi amigo -, me recordó justificándose para seguidamente agregar,

- Celebro que tengas esa buena relación con Lucía, ella es preciosa. Te juro que no tengo celos. ¿Verdad que no podés negar que te gusta?, Creo que ella debería ser nuestro nexo, el eslabón que nos acerque para que nos vayamos conociendo mejor -, insistió. En esas palabras percibí una sucia intención promiscua que incrementó mi repulsa contra él.

- Con Lucía no tengo ninguna relación más allá de la que se ha producido

desde que decidió desenmascarar lo que has venido haciendo -, le dije en el mismo tono anterior.

- Por favor reflexioná -, suplicó, - No encuentro lógica tu actitud de rechazo. No me has concedido ninguna oportunidad para conocerme -, agregó intentando persuadirme.

- He sido claro sobre este asunto -, definí, - Si seguís persiguiéndome te denunciaré por acoso y pediré una restricción por tu estúpido y anormal proceder que ya raya en lo delictivo -, concluí cortando la llamada.

Intenté olvidarme de ese loco pero no fue posible. Empecé a ser despertado a cualquier hora de la noche con llamadas que nadie respondía. Una noche una piedra rompió una ventana, la reparé y pocos días después otra la volvió a romper.

- ¡No me deja dormir! -, se quejó Lucía enfurecida por el desvelo, cuando por teléfono me llamó a la mitad de una noche. Le conté que también pasaba lo mismo conmigo.

Una mañana en el trabajo al sentarme a mi escritorio, encima de él encontré un sobre con mi nombre que había sido recibido anónimamente en la recepción para mí. "Me has quitado algo que tendrás que pagar en su mismo valor", decía la nota que venía adentro.

- Desgraciado, cobarde de mierda, ¿Qué putas querés?, ¿Me querés aterrorizar con ese acoso estúpido?, ¡No te saldrás con la tuya! ¡A mí no me amedrentás! -, le grité furibundo cuando lo llamé.

- ¡No he hecho nada de eso, te lo juro! -, se defendió Juan Francisco volviendo a la misma cantaleta, - Juntémonos, es mejor que hablemos, ¿Dónde te veo? -, me dijo soslayando lo que le había dicho y como si nada estuviera pasando.

- ¡Loco, descarado, si lo hago será para romperte la cara, sicótico, fijado de mierda! -, le dije, - Llamaré a la policía-, lo amenacé cortando la llamada.

Después de eso nadie más respondió en ese teléfono.

Una noche que con Lucía salimos a cenar, al regresar al parqueo del restaurante, encontramos un papel adherido al parabrisas del carro.

"Disfruten malditos traidores. Se acerca el momento de pagar", decía la nota que nos estropeaba la noche. Seguí encontrando notas de amenazas dentro de mi carro, debajo de la puerta de la entrada de mi casa y estuve realmente asustado cuando encontré una dentro de mi portafolio de trabajo porque no pude imaginar cómo había llegado allí.

- No vayás vos -, me dijo Lucía cuando le pedí la dirección de su casa para ir a buscarlo, - Poné la denuncia en la policía y que ellos se encarguen -, me pidió.

Cuando por indicaciones de Lucía los policías llegaron a la casa de Juan Francisco, la encontraron vacía. Me dijeron que previo a que lo acusara legalmente, él debía ser oído como el procedimiento legal lo exige, que si yo lo localizaba les debía avisar de inmediato y que ellos lo llevarían a la fuerza al juzgado. Ante todo esto, supe que no podía accionar contra él y aterrado, me dí cuenta que no sabía nada de él y que él conocía todo sobre mí.

La lluvia de notas prosiguió sin mengua.

A la media noche de un miércoles me llamaron del hospital. Lucía había sido asaltada y brutalmente golpeada en la calle. Cuando entré a su cuarto del hospital sus familiares como arpías y furias mitológicas se echaron sobre mí gritando, golpeando y arañando, - ¡Maldito, fuiste vos desgraciado! -, me gritaban todos enfurecidos mientras me agredían. Desde su cama Lucía intervino para aclararles que yo no era Juan Francisco. Les costó creerlo.

Cuando me acerqué a su cama vi que en su cara deformada por la hinchazón, se habían marcado aureolas moradas alrededor de sus ojos que le conferían un macabro aspecto. El acongojado llanto que se le disparó al verme y sus brazos levantados en el desvalido y desesperado gesto de necesitar mi presencia, eliminaron de mi inconsciente cualquier duda sobre la existencia de alguna relación entre ella y Juan Francisco. Su apremiante abrazo, su llanto y su adhesiva necesidad por mi cercanía, disiparon mis dudas de su amor por mí. La ansiosa necesidad de verme que con sorpresa descubrí en ella, me indicó que estábamos juntos en el mismo riesgo, que nos unía saber que estábamos a merced de un loco y que la causa eran los desquiciados celos de un orate dispuesto a la venganza por algo que no le habíamos hecho.

Muy serio, el policía me contó que la forma del asalto era la clásica de la delincuencia común, que imprudentemente Lucía se había atrevido a permanecer en ese peligroso lugar a esa hora y que la agresión había sido el precio que ella había pagado por su exceso de confianza. Que se hubieran llevado su bolsa con sus objetos personales y que abandonaran su auto muy cerca de allí, lo probaba. Cuando con las notas de amenazas le mostré que ya estaba puesta la denuncia, contestó que si no se comprobaba que las había escrito ése Juan Francisco, no podían hacer nada.

Lucía entró en un descontrol nervioso sin remedio que la hacía gritar por cualquier ruido, por el viento que soplaba, por algún desconocido que pasaba y un convulsivo y sudoroso temblor la atenazaba cuando recordaba el suceso. Estaba segura que el asalto tuvo la única y expresa intención de matarla. La situación se volvió intolerable. Contagiado por su terror yo también había penetrado en esa zona de miedo y las notas que seguía encontrando, que antes no me causaban inquietud, ahora me producían escalofríos.

Una noche, Lucía descontrolada, me pidió que lo matara, que contratara a un sicario porque estábamos indefensos ante él. Fue terrible oír eso. Lo consideré un desatino de su descontrolado temor porque solucionar la situación cometiendo la misma locura del loco, me pareció estúpido y aberrante. Pero cada nueva amenaza que leía, fue minimizando lo horroroso de la idea hasta que un día me di cuenta que quería hacerlo. Y otra vez fui a recalar a mi pensadero del barrio.

- ¿Es el miedo el que me hace aceptar la posibilidad de hacer esto? -, ¿Amo tanto a Lucía como para querer liberarla de su miedo cometiendo algo tan execrable? -, - Si la quiso matar y esto es la verdad, ¿entonces, el loco me odia tanto que cree que la muerte de Lucía es la mayor herida que me puede infligir? -, ¿Por qué la intensidad de ese odio? ¿O quiere

que Lucía no sea de ninguno de los dos? -, me preguntaba angustiado y acorralándome yo mismo con preguntas que no podía contestar.

El tercer trago me llevó una idea desquiciante: - ¿Estoy celoso del loco y ahora el loco soy yo? -, me preguntaba sudoroso. Me obligué a calmarme para intentar que mi pensar fluyera libre del contagio de las emociones. Descarnadamente y ante la sólida lógica de los hechos, tuve que admitir que si me empecinara en conservar a Lucía, en este mundo sólo existía un ser que querría impedirlo. Que ella amaba a un solo hombre en dos que estaban repetidos, eso era un hecho y que la causa es que somos iguales en todo, ella también lo había aceptado espontáneamente.

Si yo no existiera Lucía seguiría siendo de él. Si él muriera...

- Don Roberto, veo claro usted tiene un problema, cuénteme, ¿Qué le pasa? -, me preguntó el jefe de seguridad esa tarde al salir de mi trabajo. Cuando le conté me quedó viendo compungido,

- Cuánto lo lamento, ¡Es a causa de estos tiempos hijos de puta! -, me dijo,

- Ahora las leyes atan las manos de la policía que ya no puede como antes, entrar en firme a solucionar definitivamente cosas como éstas -, me dijo repitiendo lo que me constaba. Me dio consejos de seguridad para mí y para mi novia y a partir de esta plática lo mantuve informado de cada nota que recibía.

La noche que me quedé hasta tarde a terminar un reporte en la oficina, el jefe de seguridad me dijo al salir que ya era muy tarde, que me llevaría a mi casa y agradecí su considerado gesto. En el camino me pidió que lo invitara una cerveza. Le dije que estaba cansado, que necesitaba dormir pero él insistió.

- Ya lo tengo localizado, sé donde está viviendo -, me dijo cuando empezó a tomársela, en el bar en donde nos detuvimos.

- ¿Quién? -, le pregunté.

- Su amigo, el JF -, me dijo y continuó,

- Si prosigue la acusación, cuando la gane según los juzgados, posiblemente usted, ella o los dos, ya estarán muertos -, me dijo duramente inexpresivo y viendo para otro lado.

- Le tengo la solución. Tengo a la persona que se encargará de él, ¿le entramos? -, me dijo con una seria cara de criminal profesional, esperando mi confirmación.

Ante mis ojos desorbitados por lo sorpresivo de su oferta reaccionó enojado,

- ¡Ah Puta! ¡No se haga! ¿Cómo jodidos cree que hemos solucionados los clavos gruesos de la empresa? -, me dijo ofendido por mi reacción.

- Para esos casos tenemos al Chepón -, me dijo ya calmado, - Y no espere que le cobre -, agregó, - Es un favor de su amigo -, afirmó definitorio y conclusivo.

- Si para mañana cuando llegue al trabajo no me confirma, allí se termina todo. Consideraré que nunca hemos hablado de esto aunque voy a pensar que es así como usted trata a quien se arriesga por ayudarlo -, me dijo aviesamente, levantándose de la mesa y caminando hacia la salida.

Pasmado, subí al carro y sentí un calor que se encendió en mi cráneo y reptó por mi cuerpo hasta los pies.

Estar frente a la solución y saberla cercana y concreta me había anonadado.

Metido en mi cama llamé por teléfono a Lucía y le conté los detalles de la oferta que había recibido. La escuché acongojado. - El tiene razón -, me dijo definida y sin ninguna duda, - Por ahora sólo hemos estado a la espera que sea él quien nos mate. ¡Nadie más hará nada por nosotros! -, me dijo ahogando un sollozo.

Tuve una noche difícil y estuve desconectado todo el día siguiente, oyendo y hablando con la gente sin concentrarme y sin darme cuenta de nada.

Los perros tienen su marcado territorio para orinar y defecar y algunas personas van a un parque o tienen una iglesia o un sitio en su casa o del jardín en donde se les facilita pensar. Desde años yo cuento con el bar de mi barrio, mi pensadero favorito.

Y hasta allí llegué temprano de la noche en busca de iluminación. Mi cabeza experimentaba la pesadez de la confusión y el acre desagrado de la culpa anticipada.

"¿Así que contrataste al Chepón para que me mate?, ¿Entonces, quién es el cobarde? Desde que te vi, supe que eras un energúmeno y un loco obcecado y peligroso", decía la nota que en un cerrado sobre, un desconocido había dejado para mí, me dijo el dueño del bar cuando sentado en mi mesa, me lo entregó.

Al llegar a mi casa cerca de la media noche y aun con la cabeza pesada de alcohol y atosigada de enredos mentales, recibí una llamada de Juan Francisco quien otra vez me citaba para hablar y agotado por la situación y deseando terminar con ella sin llegar al extremo, accedí. Le di la dirección de un solitario y poco iluminado parqueo público en un viejo sector del centro y quedamos en reunirnos en veinte minutos.

Lucía no contestó mis llamadas. Yo quería que ella supiera que en esos momentos me dirigía a reunirme con Juan Francisco.

"Es el precio que pagó por su exceso de confianza", recordé que había dicho el policía ante el ataque del que Lucía fuera víctima y cuando debajo de la escuálida luz pública, detenía mi carro y apagaba las luces para esperarlo en ese solitario y penumbroso parqueo de la vieja zona uno. Cinco minutos después, Juan Francisco salió desde las sombras, caminando con las manos enterradas dentro de las bolsas de la gruesa chaqueta de tela oscura que lo protegía del frío de la media noche.

Cuando lo vi llegar, salí del auto y quedé esperándolo de pie con el carro a mis espaldas.

- Por tu culpa hemos llegados a esta situación -, dijo roncamente cuando estaba a un paso de mí.

- ¡Por la gran puta! -, tronó, - ¡Cuántas veces te llamé y te dije que quería hablar con vos! -, dijo con rabia y ahora en un desconocido y fuerte tono, furioso, descontrolado y amenazador, que nada tenía que ver con el pendejo y tímido apocado que había conocido.

Quedé aturdido por el relámpago de miedo que sentí ante su fría y agresiva manera de hablar y retrocedí, hasta que mi espalda chocó contra el frío metal del carro.

- Y ahora aquí se va a terminar este asunto -, dijo afirmativo sacando sus manos.

En la derecha blandía un largo y refulgente cuchillo de carnicero.

- ¿Por qué? -, le pregunté aterrado, indefenso y con mi cuello atrapado en su mano izquierda.

- Sólo existe una vida para los dos y ésa debe ser mía. ¿Creíste que te ibas a quedar con ella?, ¡Si vos estás aquí, yo no podré tenerla!, ¡Te tenés que ir hijo de la gran...! - gritó con los ojos vidriosos, mientras que inmovilizado y mudo de pavor, veía la sombra de su brazo armado como una guadaña que bajaba hacia mí.

Alvaro Amaya, Guatemala, C.A.